

bre 7, 1918), la cual califica Polanco de “particularísima crisis emocional” (p. 282); el asesinato de su hermano Juan C. Gómez (junio 30, 1923); la violenta salida de su hijo José Vicente del país (mayo 20, 1928), una de cuyas consecuencias fue el fracaso de su plan de sucesión familiar; la enfermedad de su próstata, en octubre de 1921, la cual fue “la primera crisis importante de salud sufrida por Gómez” (p. 285); las dificultades que debió afrontar durante el período constitucional 1915-22, en el cual el país pasó de un período provisional a uno constitucional. Tal paso resultó ser, según Polanco, “la experiencia más dura y difícil en la actuación política y personal de... Gómez. Probablemente también fue uno de sus errores y, además la pérdida de una excelente oportunidad para dar solución definitiva al gobierno de la República y a su propia vida” (p. 293); entre 1922-29 fue el período de su identificación plena con el país, lo concibió casi como una emanación de sí mismo. Fue durante este período que concibió el plan nepótico el cual fracasó como consecuencia del asesinato de su hermano y de la salida del país al cual obligó a su hijo José Vicente.

[*El Nacional*, lunes 28 de mayo de 1990]

GOMEZ EN LA HISTORIA

Por ARTURO USLAR PIETRI

Los nuevos historiadores latinoamericanos tienen ante sí el inmenso desafío de escribir la historia en términos objetivos y veraces. Pocas historias han sido más deformadas de manera continua y sistemática que las de cada uno de los países de la América Latina. En plena lucha por la Independencia, escribir historia se convirtió en un arma del combate contra el Imperio Español. Se creyó necesario presentar una imagen negativa de la historia colonial, y para ello se recogieron y utilizaron las peores versiones de la leyenda negra. De esa manera, los hispanoamericanos adquirieron inevitablemente lo que pudiéramos llamar su primera mala conciencia. Veníamos de un pasado cargado de crímenes y torpezas, que era mejor olvidar. Más tarde, ya asegurada la Independencia política, comenzó el secular período de la inestabilidad institucional, las guerras civiles, los caudillos, la pasión ideológica y la denigración constante de la historia inmediata. Los “salvajes inmundos unitarios” de ayer eran los no menos violentos negadores de Rosas. Casi hasta nuestros días, la singular figura histórica de Rosas ha permanecido casi fuera de la historia argentina.

El caso se ha dado igualmente en otros países hispanoamericanos. Es lo que ocurrió, desde la Revolución Mexicana, con Porfirio Díaz. Es apenas ahora cuando se comienza a hacer una revaluación objetiva de aquella gran figura que tanta influencia tuvo en la historia de su país.

En el caso de Venezuela, por lo discontinuo y violento de su historia, el caso se ha dado con repetida alternancia. Más que una tentativa de conocer y explicar la historia, lo que se ha dado es una serie de diatribas partidistas que la han deformado continuamente.

Tal es el caso de la figura histórica del General Juan Vicente Gómez. El papel de este pequeño hacendado marginal en la historia de su país es inmenso. En el torbellino de las guerras civiles llega, inesperadamente, a las primeras posiciones del Gobierno. Pronto se revela como un jefe militar temible, y como un político astuto y prudente. Desde 1899 hasta 1908 es el lapso de su calculado, lento e inexorable ascenso al poder. Desde esa fecha hasta su muerte en 1935 llega a concentrar en sus manos la mayor suma de poder que ningún caudillo haya alcanzado nunca en el país. Su huella está presente imborrablemente en la evolución política, económica y social de la Venezuela de este siglo. Durante su larga actuación fue objeto constante de todas las formas imaginables de lisonja y adulación que, sin embargo, no le hicieron perder su instintivo buen sentido. En el medio siglo largo, transcurrido desde su muerte hasta hoy, ha sido objeto de una continua y apasionada repulsa, que casi pareciera pretender excluirlo de la historia nacional.

Un país que necesita conocerse, y que aspira a definir su rumbo cierto ante el futuro, tropieza con un difícil obstáculo para su propia comprensión si condena o pretende eliminar tan largo, cercano e influyente trecho de su vida nacional. Corregir esto es lo que acaba de intentar Tomás Polanco Alcántara, en su obra "Juan Vicente Gómez, aproximación a una biografía".

Con evidente valor moral, con paciencia y pasión de investigador, con voluntad de comprender y penetrar más allá de lo superficial, Polanco Alcántara ha hecho una ejemplar incursión en esos treinta y cinco años de vida nacional, tan deformados, y en la larga y varia existencia de ese personaje tan singular y revelador, que tantas cosas puede y debe enseñarnos su tiempo. Para poder hacerlo, ha tenido que sobreponerse a prejuicios, toparse con odios y adhesiones latentes, buscar con tino en el enorme conjunto documental que, sobre el hombre y su tiempo, se halla en archivos venezolanos y extranjeros, y tratar de penetrar esta figura tan compleja en un tiempo no menos complejo que todavía es tema de polémica.

Ya desde hace tiempo, en alguna Escuela de Historia universitaria, se ha iniciado la necesaria revisión de aquel personaje y su época. No se trata de un mero ejercicio de curiosidad intelectual o de revisión del pasado, sino de una empresa mucho más ambiciosa, como es la devolverle a los venezolanos de hoy una imagen más cierta de su pasado que la que les han dejado las polémicas de ayer, y una mejor comprensión de su presente, sin lo cual el porvenir podría ser más aleatorio.

Polanco Alcántara prosigue en este libro la inteligente revelación del pasado inmediato del país que ha venido realizando a través de biografías de personajes venezolanos de este siglo. El conjunto representa un valioso aporte al mejor conocimiento de ese pasado que sigue vivo en muchas formas.

[*El Nacional*, domingo 10 de junio de 1990]

[*ABC*, domingo 17 de junio de 1990]